

Justicia, Educación y Salud en la constitución del sujeto ético-político. Las resonancias de las metáforas en Platón.

María Cecilia Colombani. Facultad de Filosofía, Ciencias de la Educación y Humanidades. Universidad de Morón / Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata.
mcolombani@unimoron.edu.ar

a. Introducción

El propósito de la presente comunicación consiste en pensar la solidaridad entre justicia, salud y educación en el marco de la metafísica platónica, ya que es precisamente el dispositivo metafísico el que fundamenta la política, como enclave de realización del sujeto ético-político. Pensar un fundamento metafísico supone postular la idea de un fundamento último, que, más allá de lo ordinario, sólo algunos, tras un largo camino, pueden alcanzar y así convertirse en los *aristoi*, los mejores. El *métodos* (camino) inaugura así una primera metáfora, la **metáfora del viaje**, como tránsito de un ámbito a otro.

En realidad, existen dos enclaves de fuerte impronta antropológica que deben ser conjurados en sus rasgos de más pura humanidad, para acceder a un más allá, que constituye siempre un más allá de lo humano: el cuerpo y el tiempo.

Ambas estructuras están ontológicamente transidas por la finitud, lo cual habla precisamente, de la precariedad ontológica de ambas configuraciones. Sin duda, es el pensamiento filosófico, de cuño platónico, el que mejor plasma esta dualidad metafísica, suponiendo que, a toda forma de precariedad ontológica, una estructura atemporal e incorpórea sirve de *arkhe*, como fundamento último y *télos* de toda actividad filosófica. Es esa *arkhe* el punto de llegada de un largo viaje que supone alcanzar la luminosidad, como enclave de lo que "verdaderamente es" (*tò ón*) y de lo "que siempre es" (*aei ón*). El *télos* último inaugura así una segunda metáfora, la **metáfora de la luz**.

En todo marco metafísico, que postule tal dualidad de territorios, el cuerpo y el tiempo ocupan el *topos* inferior de lo múltiple y deviniente, en contraposición a la región superior, asiento de lo uno e inmutable, metáfora topológica que inaugura la perspectiva del viaje, como modo de ascenso a lo supra-humano. Son las sectas filosófico-religiosas las que sientan una perspectiva de esta índole y son ellas las que delinearán, incluso, las

características del viaje. Sabemos que las utopías metafísicas no sólo dibujan los *téloi*, fines, a alcanzar, sino también, el *méthodos*, el camino, para devenir un buen discípulo, un *epoptes*.

Así, "para trascender el tiempo humano y quedar puras de olvido, las sectas elaboran una técnica de salvación que será regla de vida, "receta de santidad": comporta técnicas psicofisiológicas que, a través de una experiencia cataléptica, intentan liberar el alma de los lazos del cuerpo. Un género de vida entretejido de obligaciones y tabúes permite al iniciado, al término de una *áskesis*, presentarse ante los guardianes de la fuente de Memoria para beber allí el agua que lo purificará de toda huella de temporalidad y que consagrará definitivamente su estatuto divino. Acordarse, separar el alma del cuerpo, beber el agua de *Mnemosýne*, son expresiones que traducen en igual medida un solo y genuino género de vida a niveles diferentes".¹

He aquí una experiencia de viaje. Un cambio de *tópos* que no constituye una dimensión geográfico-espacial, sino una dimensión ontológica. El iniciado, tras el tránsito, accede a un estatuto diferenciado del resto de los mortales. La metáfora del viaje interseca sus planos con la de la luz, ya que, tras el largo camino, se obtiene una visión, donde *alétheia* resplandece con fuerza.

b. Platón y la dualidad de ámbitos. El Bien como fin último

Haber pasado por el pitagorismo nos permite entrar en la filosofía socrático-platónica con alguna ventaja, porque es precisamente el pitagorismo con sus ideas en torno al número, la inmortalidad del alma y la dualidad de regiones, el que impacta fuertemente sobre lo que constituyera el primer gran sistema filosófico y su consecuente estructura epistemológica.

Abordar el pensamiento político de Platón, nos obliga a pintar algunos rasgos de la figura de Sócrates.

¹ Detienne, Marcel. *Los maestros de verdad e la Grecia Arcaica.*, pág., 130.

Sócrates es para Platón el hombre más justo y sabio de la *polis*. Su figura se encuadra en el agonismo filosófico. Sócrates es un combatiente, un *agonistes*, y su lucha tiene un blanco preciso: el relativismo sofístico, el descrédito de todo valor universal, que pone en peligro el orden mismo de la ciudad, es decir, su salud. Es esta noción la que inaugura una tercera metáfora, la **metáfora médica**.

La enfermedad de la ciudad es proporcional a la desmesura de haberlo condenado, a la ceguera de no haber reconocido en él a su hombre más digno. Tal es el diagnóstico de la situación que el propio Platón realiza en su Carta VII, cuando advierte los riesgos de que la ciudad sea llevada a la deriva por toda clase de corrientes, extendiendo el concepto de enfermedad a la *polis* como cuerpo orgánico. No es solamente el cuerpo lo que se enferma y cura, sino que la ciudad y el cuerpo constituyen estructuras isomorfas.

Sócrates es la figura del maestro por excelencia. La mayéutica socrática es el paradigma mismo de todo proceso de enseñanza-aprendizaje. Hay en Platón una dimensión pedagógica que coloca a la educación en un plano protagónico, solidario de la justicia y la salud. La educación es una forma de cura, de remediar la peor de las enfermedades: la ignorancia. La verdad está en el interior de uno mismo, solamente olvidada, ocultada, velada. La tarea, una vez más, es des-ocultarla, de-velarla, recordarla. La filosofía está así emparentada así con un nacimiento y siempre es la *alétheia* lo que está en juego. El método dialéctico consiste pues en un arte de conducción, que es al mismo tiempo un arte de curación. El maestro conduce al alumno para que este avance gradualmente a través de los conceptos, hasta alcanzar el concepto universal, aquel que escapa de la relatividad y el perspectivismo sofístico. La dialéctica es, pues, un camino ascendente que supone alcanzar el concepto universal, único, inmutable y permanente al final del recorrido.

Este camino-viaje no se puede llevar a cabo sin la figura del conductor. El verbo *ago* domina la escena pedagógico-política y la relación maestro-discípulo se convierte en la relación filosófica por excelencia. La metáfora del viaje intersecta sus dominios con la **metáfora del conductor**. El maestro es el *strategós* en el largo camino que conduce a la salud y a la sabiduría. El gobernante es, del mismo modo, el *strategós* que conoce el *pharmakon* para sanear una *polis* injusta, esto es, enferma.

Así la educación intersecta sus territorios con la justicia, porque quien alcanza el concepto es el hombre justo, el "pretendiente" a ocupar el gobierno de la ciudad, el amante de la verdad, el que ha sabido "ver" ese verdadero objeto del conocimiento que es la idea.

La exigencia del universal implica plantear un dualismo metafísico, que supone la existencia de dos ámbitos o *topoi*, ontológicamente diferenciados en su calidad de ser, que reactualizan la metáfora del viaje.

Alcanzar la idea del Bien o el "Bien en sí", dentro de una lógica que ha desplazado el marco religioso y que, en su utopía secularizada, encumbra la Idea en el lugar de la luz y el fundamento, supone un largo camino, plasmado en el pensamiento platónico, a través de un juego alegórico. Pasaremos, pues, a analizar las alegorías en el marco de las metáforas desplegadas.

La alegoría es una imagen, una representación, "un decir las cosas de otro modo", conforme a la etimología del mismo verbo *allegoreio*, un recurso didáctico-estratégico para que el discípulo comprenda. Por eso el sol es el vástago del "Bien en sí" en la alegoría del Sol, y por eso Platón recurre a la imagen de una caverna, repleta de prisioneros, en la alegoría de la Caverna. La aventura filosófica no es otra que la sabia *decisión* de alcanzar "to on" y "aei on", "lo que verdaderamente es" y "lo que siempre es". Sólo la filosofía es capaz de conducir a semejante visión y sólo de ella se puede obtener una visión total y perfecta de lo que es justo, tanto en el terreno privado como en el público. La filosofía es ella misma la metáfora del viaje.

Cuando alegoría postula la liberación de un prisionero, sobrevuela la imagen de un tránsito hacia la luz. Las metáforas retornan en esa discursividad alegórica que invita al viaje interpretativo. La caverna es la representación misma de cada uno de nosotros en nuestro estado de ignorancia hasta alcanzar la salida del antro y enfrentarse con la luz del sol, máxima realidad en el exterior de la caverna y punto último del recorrido, como forma de alcanzar la sabiduría y la salud. La luz final supone un acostumbramiento gradual y progresivo, que justifica los distintos momentos y realidades que el viaje supuso como momentos necesarios y preparatorios para la visión final.

Alcanzar ese *télos* no es fácil; tampoco poder explicar la idea misma del Bien. El mismo Sócrates presenta la dificultad cuando advierte a sus discípulos: "Creedme, queridos

amigos, dejemos por esta vez la indagación del bien tal como es en sí, pues me será muy difícil explicaros su naturaleza, tal como yo la concibo, siguiendo el camino elegido. En cambio, estoy dispuesto a hablar de lo que me parece ser hijo del bien y que mucho se le asemeja".²

Alcanzar el Bien, como realidad suprema, implica una ardua ruta de contorno, escarpados atajos de develamiento y descubrimiento, sostenidos por la retórica dialéctica. A la base, la misma promesa de luminosidad que sabrá conducir esas almas erráticas y embriagadas que, sin luz, equivocan el camino, desconocen aquello "que verdaderamente es" (*to on*) y lo "que siempre es" (*aei on*). La misma alegoría parece abrir una nueva metáfora, **la metáfora del rodeo**. La estrategia dialéctica da cuenta de las sendas que el discípulo ha de seguir para alcanzar el fin. El rodeo supone la mediatez del concepto, que conjura la posibilidad de una visión-acceso inmediato. Allí está la destreza del conductor. La metáfora del viaje se vuelve solidaria de la del rodeo.

Sólo quien obedece al *logos* anuda la solidaridad entre obrar y pensar. Sólo quien alcanza el Bien anuda el maridaje entre conocimiento y acción porque conoce el fundamento del obrar justo. Tal es la constitución del sujeto ético-político en su aventura moral. El hombre justo es el que conoce la justicia y, por ende, actúa conforme a ella. Cuando Platón delinea el perfil del filósofo gobernante y despliega su metáfora política, alude precisamente a que el guardián deberá mostrar su amor a la *polis*. La forma más perfecta de brindar su amor es devolver a la ciudad aquellas cosas útiles que contribuyan al bien común. Brindar a la *polis* cosas útiles es brindar "cosas buenas", "cosas bellas", "cosas justas", y la única manera de sostener semejante función, del más puro rango de la luminosidad, no puede darse si no se conoce previamente el fundamento, aquello que hace que todo lo bueno sea bueno y de todo lo justo, justo. Conocer el fundamento es alcanzar ese punto de luminosidad desde donde parte toda claridad posible. Claridad no sólo en el orden del ser, sino en el registro del conocer. Sócrates sostiene este conocimiento cuando afirma: "Pienso yo, en efecto, que las cosas justas y bellas no hallarán un guardián digno en aquel que ignore su relación con el bien, y conjeturo que nadie podrá tener un conocimiento exacto de estas cosas sin el previo conocimiento del bien. (...) ¿Y no estará nuestro

² Platón, *República*. 506-e.

régimen político perfectamente organizado si vela por él un guardián que una el conocimiento del bien al de lo bello y lo justo?"³

La Idea es la misma condición de inteligibilidad y de existencia de todo lo bueno y lo justo. Eso es del orden de la luminosidad y es la propia *aletheia* la que resplandece desde el fondo mismo de la configuración del ser, el pensar y el obrar, como resplandece el sol en el fondo último de lo visible. Así se expresa Sócrates cuando afirma: "Pues ten en cuenta que me refería al Sol cuando hablaba del hijo del Bien, que éste engendró a su semejanza y que, en el mundo visible, con relación a la vista y a los objetos visibles, es análogo al bien en el mundo inteligible con relación a la inteligencia y a los objetos inteligibles o pensados."⁴

La vieja *sofia* se ha trastocado en *filosofía*, pero una misma metáfora lumínica parece guiar un camino que busca afanosamente evitar la oscuridad como la más temida forma de caer en las tinieblas y en el olvido. Desde el fondo de los tiempos parece reactualizarse la vieja diada *Aletheia-Lethe*.

El filósofo habrá de ser un nuevo artista, un nuevo conductor en ese arte de recorrer un *methodos*, que sabe de las dificultades de deambular por las alturas. La nueva estética supone transitar por los *mathemata*, los estudios superiores, como forma de preparar el alma para la más sublime de las miradas. Sócrates refiere a ello en estos términos: "Además de probarlos en los trabajos y los placeres a que antes nos referimos, agregaremos una prescripción que omitimos entonces, y es que será preciso ejercitarlos en un gran número de disciplinas, para ver si su espíritu es capaz de soportar los estudios superiores, o si se acordaba, como sucede a aquellos que en las luchas abandonan la partida"⁵

El filósofo será entonces el mejor *fulax*, el guardián, aquel que sepa velar por el orden. El escenario no es otro que el alma como *topos* agonístico, ya que, como sabemos, su territorialidad ambigua, con sus regiones delimitadas, transidas por los diferentes registros de racionalidad, exigen un guardián más que atento: el filósofo, hábil en el arte de conducir, tanto la propia vida, como la de los otros. Sócrates tarda en decirlo, pero su discípulo escucha lo previsible: "En realidad, querido amigo no me animaba a decir lo que

³Platón, *República*, 506-b

⁴Platón, *República*, 508-b

al fin he decidido declarar, pues ha llegado el momento de que señalemos que los más perfectos guardianes de la ciudad deberán ser los filósofos".⁶ Se trata siempre de un doble cuidado: el alma y la ciudad, solidarias en su propio isomorfismo. En nada difiere la conducción de uno mismo de la gestión de los asuntos públicos. Una misma metáfora atraviesa ambos *topoi*: la metáfora médica, que hace del verbo *therapeuo* una noción dominante. No sólo curar, cuando el mal acecha, sino cuidar, guardar. Tal es la relación entre medicina y política en la utopía platónica. Tal es el registro del filósofo como *iatrós*, médico.

La ciudad, en el otro extremo de la comparación, puede caer presa de las mezclas, de las confusiones e invasiones, que atentan contra los límites precisos, las demarcaciones territoriales que convierten la *polis* en un *kosmos* organizado. Una vez más, la metáfora resuena en el campo agonístico y la pureza no es otra cosa que la lucha por el límite. El concepto de salud sobrevuela la metáfora. La enfermedad es ese signo de la mezcla, esa marca de lo impuro que ha desconocido el límite.

No hay distancia entre el alma y la ciudad. Nada más penoso que una ciudad enferma, des-ajustada. De allí que la exigencia de *fulakes* idóneos represente una necesidad isomorfa.

En la Carta VII, Platón se refiere precisamente a la necesidad de encontrar a aquellos que puedan velar por la *polis*. No sin antes velar por sí mismos. La extraordinaria reforma que reclama Platón, luego de haber establecido el diagnóstico de la situación, sitúa dos enclaves insoslayables en el éxito de la utopía política: la filosofía y el filósofo. La primera, porque de ella depende tener una visión total y perfecta de lo que es justo. El segundo, porque es el mejor "pretendiente" para gobernar la *polis*, precisamente porque conoce lo que es "justo en sí", es decir conoce el fundamento de porqué lo justo es justo.

Es finalmente en el Fedro donde Platón se explaya en torno a la ligereza o pesadez del alma para emprender el viaje, que habrá de acercarla a ese codiciado ámbito donde se encuentran las ideas. Como sabemos, se trata, en realidad, de un viaje de reencuentro, porque el alma, libre de la pesadez del cuerpo, de la tiranía de las pasiones, supo convivir con ellas. "Toda alma que habiendo pertenecido a la compañía de un dios, ha visto algo de

⁵ Platón, *República*, 503-e

⁶ Platón, *República*, 503-b

las realidades verdaderas, está sana y salva hasta la siguiente revolución; (...) pero cuando, habiendo sido incapaz de seguir de cerca al dios, no ha visto nada y, víctima de alguna desgracia, ahíta de olvido, de maldad, se vuelve más pesada, entonces es cogida por la rueda de los nacimientos".⁷

Justicia, salud y educación han resonado en el marco de un cierto número de metáforas que nos sirvieron para acercarnos a algunos puntos del pensamiento platónico, que parecen ser los núcleos que vehiculizan la utopía política. Un individuo sano, justo y educado en el Bien es lo único que puede plasmar la utopía de una *polis* ideal, donde el marco metafísico es el fundamento insoslayable.

Bibliografía

- Platón. *República*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1963.
- Detienne, M. *Los maestros de verdad en la Grecia Arcaica*, Madrid, Editorial Taurus, 1986.
- Eggers Lan, C. *Introducción histórica al estudio de Platón*. Buenos Aires., Colihue, 2000.
- Eggers Lan, C. *El sol, la línea y la caverna*. Buenos Aires. Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1975.
- Gigon, O. *Los orígenes de la filosofía griega*. Madrid, Gredos, 1980.
- Guthrie, W. K. C. *Historia de la filosofía griega. Vol. I a IV*. Gredos, Madrid, 1991.

⁷ Platón. *Fedro*, 248. C.